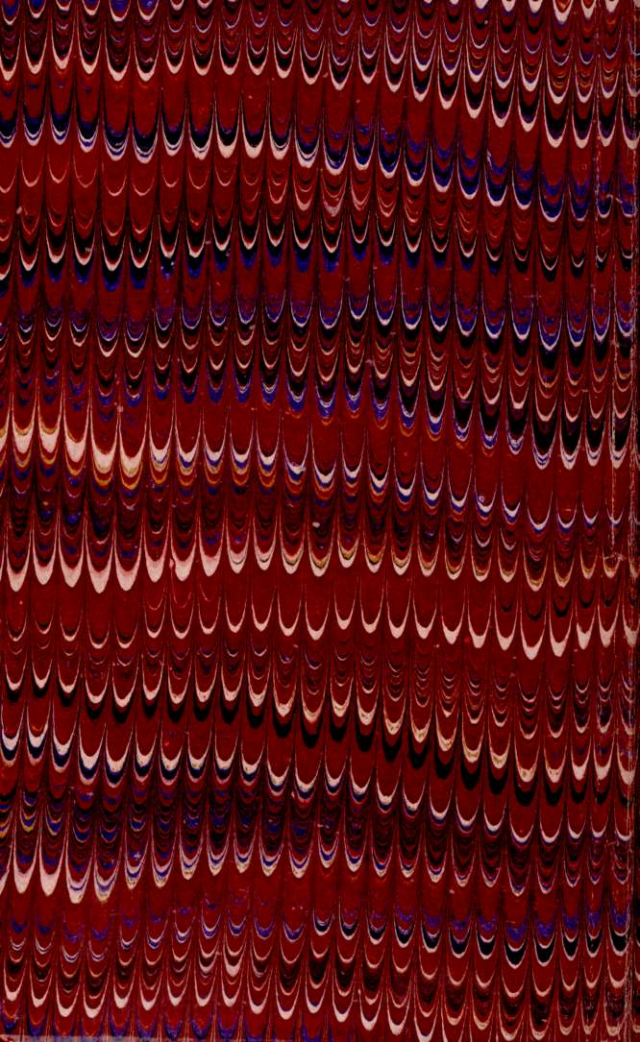
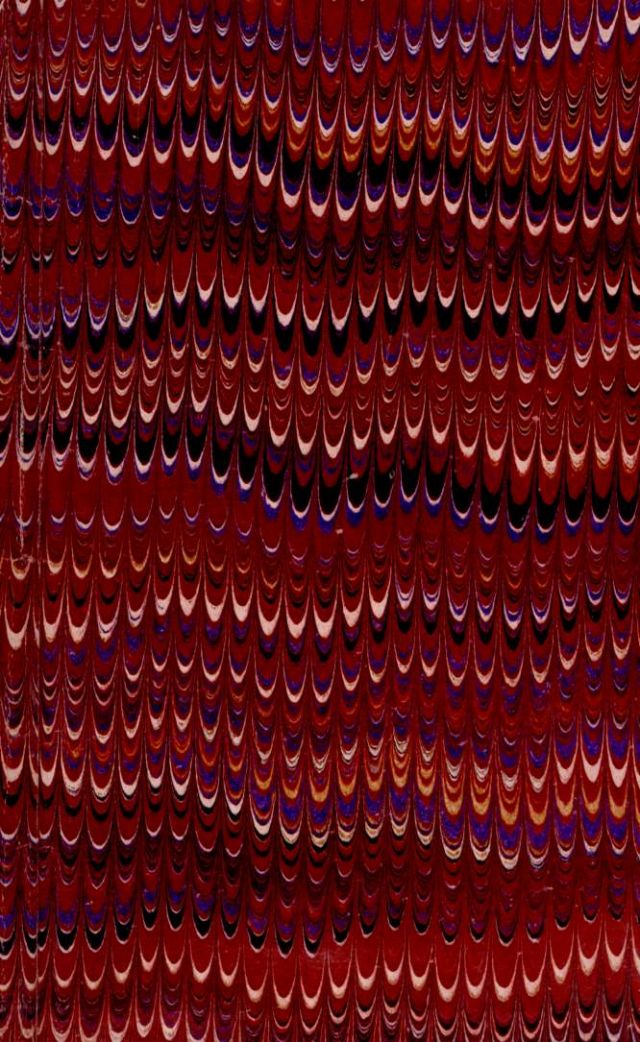






3127

Teatro Tomo II

Francisco Villaespesa

3128

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPESA

Donación: A. MORENO

mater

Dolorosa.

Tragedia vulgar en
un acto y en prosa
de Julio Dantas.

Arreglo castellano
de

Francisco Villaespesa

Porto Alegre Diciembre 1922

1185/20 Bl.

940

Personajes.

Maria del Carmen
Rosario.

Señor Domingo.

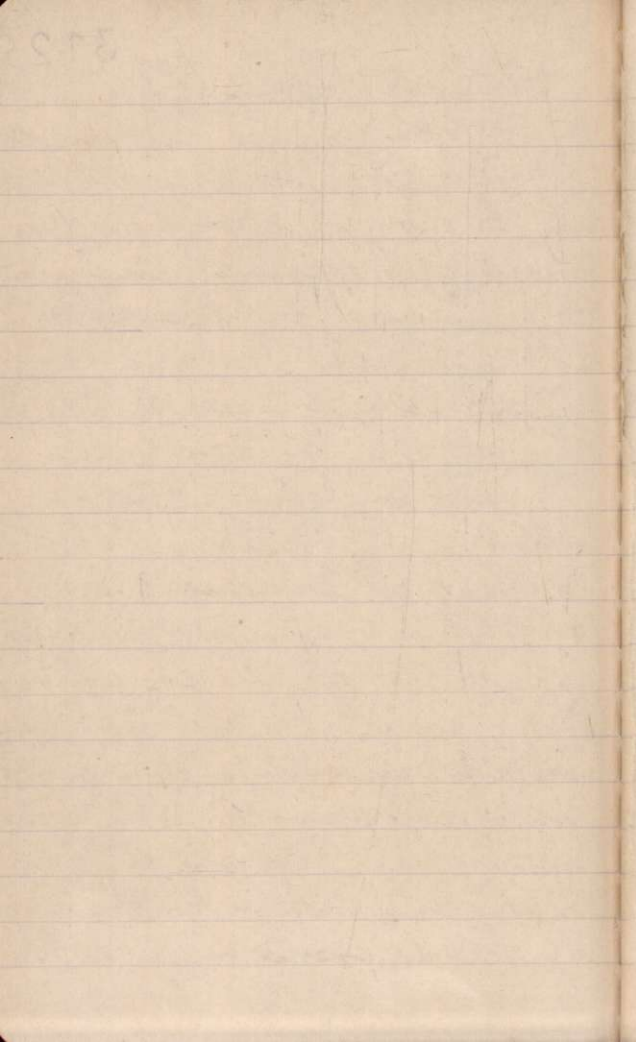
Señor Lopez

Andrés.

Pablito (5 a 7 años)

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Densación: A. MORENO

Epoca actual.



Acto Muerto

Cuarto en una casa de huéspedes.
Casa antigua. Puerta al fondo que
da a un corredor muy oscuro con
un rodapié de azulejos. Al segun-
do término de la derecha, una
puerta verde, atrancada, no prác-
ticable. A la izquierda, en primer
término, una ventana pequeña
de pechos, con palfetas de ladrillo.
En uno de los proyectos, un fregadero
de barro apagado. Cama estrecha de
hierro, con la ropa desarreglada. Ta-
bla de planchar. Una cómoda roja
de tres cajones. Sobre la cómoda una
cafetera y alguna loza. En un banco
un barreño de barro vidriado.
Ropa a cruzar en una cuerda.
Al abrirse el telón no hay nadie en
el cuarto. La puerta del fondo es-

ta' cerrada, ofere llamar. La prime-
ra parte del dialogo trasurre fue-
ra de la escena.

Escena I

Andrés y Rosario

Andrés (fuera, llamando). Maria del
Carmen! ... Maria del Carmen!

Rosario (cuya voz responde, también
fuera) ¿Quién es?

Andrés. 'Oh, patrona! Salio' Maria
del Carmen!

Rosario. No se. Llame a la puerta.

Andrés (llamando de nuevo) Maria del
Carmen! ... Maria del Carmen! (Después

de un silencio) Parece que salio'...

Rosario (cuan fuera de escena, tocan-
do a la puerta y llamando tan fu-
ermente), Carmela! ... Carmelita!

(Entrecabriendo la puerta del fondo y
asomando la cabeza) Salio'... (Entra

do, con gruesos zapatos, un paño
lo atado a los cabellos y una larga
escoba en la mano); ¿Para que que-
ría a Carmela?

Andrés (Entrando, detrás de Rosario,
en camiseta, con la chaqueta con
el cuello levantado) ¿Quería mi ropa
Rosario; ¿Que ropa?

Andrés La mía!

Rosario La que le dio a planchar?

Andrés Esa misma.

Rosario No la había planchado
aun.

Andrés Como no? Yo le dije que
quería la ropa para el domingo.
Hoy es domingo... Si no me la ha plan-
chado, nunca más le doy ropa.

Rosario (desatando un envoltorio)
Tal vez sea esta... Es esta? (a un
gesto de Andrés) No es?... Entonces, tal

vez sea aquella que está ahí en
la cuerda.

Andrés. En la cuerda?

Rosario (señalando a la ropa que se ve
en la cuerda) Allí... ¿Esa no es aquella?

Andrés. ¿Todavía a se cae la ropa
que le di hace ocho días? Está
bien!... Quiero salir, y no tengo ca-
misa... Ni camisa ni cuello!...

La culpa es mía... Porque soy tonto.

Por tener piedad de la gente... Si le

hubiera dado la ropa a la plebe

chadora de enfrente, no me hubiera

sucedido esto. (Viendo la ropa que

puede de la cuerda) No está, se cayó.

Rosario. Ésta no es la mía!

Rosario (de malos modos) Entonces,

no se... No me voy a convertir en ropa.

Espero que ella venga. (Levantando los

cobertores de la cama); ¿Cómo está tí-

do esto! Es una miseria!
Andrés. Copar es la barmela de
haber empentado mi ropa! Mas
yo no quiero saber mas de desgracias.
Planchada o sin planchar, yo quiero
mi ropa... Se aqui no salgo hasta que
ella venga (Paseando por el cuarto)
Biegs me agrade' si le doy mas ro-
pa... Ya lo sabe Vd. señora Rosario,
de aqui en adelante mi ropa
a la planchadora de enfrente.
Es mas cara... Pero es mas segu-
ra...

Escena II

Dichos y Loper. (Fuera)

Loper (llamando fuera, es muy tarde
mucho) Señora Rosario...

Rosario (barriendo, a grandes escobazos)
Mire, como está este suelo!... ¿Que esen!
La pobre como va a planchar!... Anda

con permiso del cementario...
Mi signora puede barrer el umbral!
¡Mire como está esto!

Ambrosio. Yo pago mi dinero y quiero
ser bien servido... Si no puede
planchar que no acepte la ropa...
El diablo me lleve si ella no
la empujó!... La ha empujado!
no hay duda!...

Lopez (llamando de nuevo) Señora
Rosario!...

Rosario (gritando desde la puerta)
¿Quién es? Estas gentes me van a
quitar el nombre! ¿Qué lo que
quiere?

Lopez. (fuera) Quisiera decirle unas
palabritas...

Rosario (barriendo) No puedo ir
ahora... Estoy harta de bajar y
subir escaleras. Suba, si quiere!

(Barriendo a escobazos) ¿Qué guerra
ahora está tan amada?

Andrés (intentando abrir un cajón
de la cómoda, con la idea fija de su
ropa) Tal vez esté en alguno de
estos cajones... ¡maldita vida!
¡maldito la puerta!

Loper (que ha subido la escalera y
busca a Rosario en el corredor) Don-
de está Vd... señora Rosario?

Rosario. Aquí... En el cuarto de la
huésped... (Loper aparece en el fondo
degenerado; chaquet raída, pantalones
por el tobillo, sombrero blando, temido,
mucha, tartamudo) Entre... ¿Qué es lo
que quiere? (Barriendo la alfombra)

Loper. Lo que quiero... es que
Vd... no barriera para mí...

Rosario. Entonces, pítense de la puer-
ta. Entre o salgan...

Lopez (desde la puerta) No entro...

No, señora... En este cuarto... no entro!

Rosario. Entonces, diga lo que quiere.

Lopez (escudriñando) No está Carmelo?

No?... (Añoses que busca su ropa en

el barrero) Ola, amigo!... No entro,

por que no estoy... para pescar una

tisi que me lleve el diablo... La

tisi se pega!...

Rosario (a Lopez) Hable... Que es

lo que quiere?

Lopez (oleumne) Señora Rosario...

yo fuí como al momento de

esta casa...

Rosario. Que quiere irse? Váyase

en hora mala!... Ahí se pides hay mu-

chos!... (Echándole la basura al

barrer) Váyase!... Si era eso lo

que me iba a decir, ha podido

evitar gastar los peldanos

de en escalera!

Lopez. (Aun en la puerta, huyendo de la basura que levanta la escoba)
Señora Rosario. Hágame el favor de no barrer por aquí... Yo quería decirle unas palatitas!

Rosario. (Barriendo con más fuerza)
Ni palatitas ni medias palatitas
Quiere irse? ¡Váyase!... Muchas
hay muchas... Cuantas es lo que hay
pocos... ¡eb la calle!

Lopez. Estese quieta con la basura, se
ñora Rosario!... A mí me agrada
ría quedarme en su casa... Con
mucho pena me voy de ella... Pero
me voy... porque su casa no me
conviene...

Rosario. Pero ¿qué está diciéndole? (Armas
tanto a Lopez por un brazo, metien-
dole en el cuarto y cerrando la puerta)

Venga á acá, pretencioso. ¿Que es lo
que tiene que decir de mi casa?
Es vd capaz de decir que esta no es
una casa honrada? Que no es una
casa de buena fama? ¿Tues si
se atreve! Diga!... He admi-
tido ya en ella, por ventura
la desahuegorada de su mu-
jer? (Con las manos en la cadera)
Diga vd, diga, si se
atreve! -

Lope (huyendo hacia la ventana)
Señora Rosario, por Dios, no
me ensucie!

Andrés. Dejelo tranquilo, señora
Rosario.

Lope (a Andrés, abriendo la vidri-
era) El amigo es testigo.

Rosario. Ahora, abra la ventana.
Pido auxilio a los guardias.

un hombre que deja a su propia
mujer que anda en cabos de
todos, es capar de oro y de
mucho mas!

Loper (con miedo, sentándose en uno
de los poyetes de la ventana a ver
se las uñas) Yo no abro la ventana
para llamar a los guardias... la
abro para que entre el aire!... no
me encucis, señora, por favor!
Andrés. Dejala, amigo Loper.
No le haga caso...

Rosario. Mas esto no queda así...
Vd tiene que decirme porque se
va... Mientras no me lo diga, no
saldrá de aquí!... ¡no saldrá!
Andrés (a Rosario) Dejelo Vd
en paz, señora... Que le importa
a Vd?

Rosario Ha de decirme porque se va.

Loper (Flanciándose el fuerte, por detrás de Andrés) Si lo voy a decir, sí, tiene. Me voy por causa de la vajilla.

Rosario, Por causa de la vajilla? Mas, que tiene mi vajilla?

Loper, Tiene muchos.

Rosario, Tiene muchos? ¿Qué? (Agitando un plato que está sobre la comoda) Se atreverá Ud a decir que esta no es una vajilla decente?

Loper, Yo no me quejo de que sea indecente.

Rosario, ¿Querrá Ud comer en una vajilla de príncipe? No es eso?

Loper, Yo solo me quejo de que la vajilla que Ud me da... es la misma que usa la huespeda de este cuarto!

Rosario, ¿Que tiene que ver eso?

Lopez, tiene y muchos! Pues yo
no estoy dispuesto a coger una
enfermedad... Eso es todo!

Rosano, ¿de qué enfermedad
tiene Carruela? ¿Vd está
borracho!

Lopez, ¿Guerra Vd dice que ella
no está tratándose en el Hospi-
tal? Entonces, será yo!... Está
arruinada del pecho...

Andres, Está arruinada del pecho
y es una ladrona! Me ha empuja-
do la ropa que le di a planchar.
Este es lo que Vd no sabía, amigo
Lopez!... (a Rosano) Yo siempre quise
ver en que pue para lo de mi ropa...

Rosano, Vds son unos trastos!
Vayanse de aquí, que me dan nau-
reas! La muchacha era un an-
gel cuando Vds andaban detrás

de ella! ; Como no les llevo la
punta, no hay cufanua que
Vds no arrojen, ahora, sobre
ella! ; Que asco de hombres! (a-
rrinconandolos) ; A la calle! ...
Andres (formalmente) Yo detras
de ella? Señora Rosario, haga
el favor de decirme cuanto yo
anduve tras de ella?

Rosario. ¡Que cinismo! No fue
Vd, fui yo!... Hasta la pobre
tuvo que atrancar aquella puer-
ta para que Vd no entrase en
su cuarto!

Andres. Para que yo no entrase,
en su cuarto? Que esta Vd dicien-
do, señora Rosario?

Rosario (mientras hace la cama, brus-
camente) ; Afuera!... Si conocere
yo del pie que cojean Vds!... Todos

los hombres son una pueta de
sinvergüenza!... Si los conociera
yo!... He tratado tanto en mi
vida... Si sabré yo bien lo que va
len!... ¡Afuera!... a la calle!
(Abre la puerta del fondo y apa-
rece Maria del Carmen, tipo de
costurera, muy pálida, adorno ce-
nicento, mantilla a la cabeza)

Escena III

Dichos, Maria del Carmen y
Pablito.
Maria del Carmen (a Pablito, un
mon de 5 a 7 años, que la sigue)
¡Anda, Pablito! (Con entusiasmo, veni-
do a los hombres) Buenos días,
señora Rosario!
Rosario, ah! Estaba tirando
de las orejas a esta cama.
Maria del Carmen (a Lopez)

¿Desea Vd algo?

Rosario (a Carmen, mirando a Loper) vino a hablar conmigo.

Loper. Si, desee, señora. Deseo como cuanto antes. Tengo mucha prisa por ir a mi rica salud. Con permiso.

Rosario. 'Vayase'. Arregle sus maletas y a la calle! Ya voy yo a ver si me falta alguna cubierta de plata! (Entre dientes), 'Canallas! (Sale atemorizado Loper)

Escena IV

Dichos, menos Loper.

Carmen (a Andres) El señor Andres quiere su ropa, no es verdad?

Andres. Vd habia quedado en dármela hoy. Ahora, si no puede

Carmen, Ya está planchada.

Andrés, Ya está planchada? Ah!

Bien (...)

Pablito (agarrándose a las faldas de su madre); Mamá, tengo hambre!

Carmen (sacando la ropa de uno de los cajones de la cómoda) Bueno, llevarosla? Una camisa, tres cueillos y un par de puños... Esto es lo que está listo... Siete reales...

Andrés, Muchas gracias... Aún me faltan un par de puños y una camisa...

Carmen, Los voy a planchar. Mañana estarán listos...

Andrés (recibiendo la ropa) Muchas gracias... Entonces, mañana, se lo pagaré todo... Hasta mañana... Muy agradecido!

(Dirigiéndose a Rosario) Adios, señor...

no Rosario!

Pablito (a Carmen que repica la mirada a Andres); 'Mamá, tengo hambre!

Carmen (Después de una vacilación, llamando) Señor Andres.

Rosario (a Andres, en el corredor)

Tenia la ropa empeñada?

¡Que trasto! (Barniento y refunfuñando)

Andres (volviéndose a María del Carmen) ¿Que decista Ud?

Carmen. Le agradecería que si pudiese me pagase ahora. Perdone!

Andres. Mañana, se lo pagaré todo junto...

Carmen (dolorosamente, vacilando) Es que... tengo necesidad...

Andres. Está bien. (Metiéndose

la mano en el bolsillo, una
peseta setenta y cinco centimos.
Carmen. Justo. Eso es!

Andrés (Poniendo dos pesetas
sobre la tabla de mandar) Toma,
y devuélveme veinticinco centimos.

Carmen. No tengo vuelta.

Andrés. Yo tampoco tengo. (A
Rosario que se le oye barrer en el
corredor) Tiene Vd cambio de
dos pesetas?

Rosario (desde el fondo) No!

Andrés. Entonces no se como va-
mor a arreglarnos.

Carmen. No se moleste.

Andrés. Voy a ver fuera si en-
cuentro cambio.

Carmen. No se incomode, se-
ñor Andrés. Yo no soy menos
pobre con esa moneda. Aquí tien

se los peritas. (Dándole la
moneda)

Andrés (guardándosele) Enton-
ces, muchas gracias. Hasta luego.
de felicito por su mejora. (En-
vira abajo, junto a María del Carmen)
Yo toco regularmente la guitarra.
Si Ud quisiera ir hasta mi
cuarto, oíría mejor...

Carmen. Yo oigo bien desde
aquí, señor Andrés. Muchas gra-
cias!

Andrés. Mas desde allá siempre oíría
mejor. Yo no soy como los otros, que
huyen de Ud. A mí me gusta ha-
cerle compañía. Somos vecinos
de cuarto (bajando aun mas la
voz) Si Ud una noche dejase en-
puerta abierta...

Carmen (en una expresión al mis-

mo tiempo de dignidad y de tristeza)
Yo le doy un consejo, señor Andrés.
Fluya también de mí, como los
otros. Me ofende así menos!

Andrés (fríamente) Está bien!

Rosario (viene a buscar el fogón
que está sobre el poquete de la ven-
tana) Vas a planchar?

Carmen. Sí, señora Rosario. De-
me Vd unos brasas. Tenga paci-
encia. (Rosario sale por el fondo, con
el fogón de barro)

Andrés. Está bien. Adios, señores.

Carmela. La felicito por su me-
joría.

Carmen (con lágrimas en los ojos, se-
guiendo a Andrés que sale por
el fondo) Adios, señor Andrés.

Escena V.

Maria del Carmen y Pablitos.

Pablito (viendo a Maria del Carmen
limpiarse los ojos y aproximarse a ella.) ¡Ah
Dios, mamá!

Carmen (debilmente, estrechando a su
hijo al pecho y cubriéndole de besos.) ¡Oh, si
fuere por ti, hijo mío! ¡Si no fuera por ti!
¿Cómo iba yo a soportar esta vida! (Limpián-
dose las lagrimas) No!.. Tu mamá no llora
amor mío!.. Quieres mucho a tu mamá?
¿Verdadero?.. Tu no tienes a nadie más
en este mundo!.. ¿Que había de ser de ti,
sin ella!.. ¡Pobrecito mío!

Escena VI

Dichos y Rosario (entrando con el fogón
lleno de brasas)

Rosario. Aquí tiene el fogón... ¿Te alcanzan
estas brasas?

Carmen (que se levanta para ir a buscar la
plancha y vuelve a sentarse, como en un
momento) ¡Sí me alcanzan, señora Rosario! Muchas

gracias!

Rosario. ¿Que es lo que tienes? ¿Que te pasa?

Carmen. No es nada, señora Rosario... Me cubren
toda de sudor.

Rosario. ¿Quieres comer alguna cosa? Eso es
debilidad.

Carmen. El mío va ir a comprar
algo.

Rosario. ¿Tienes dinero?

Carmen. Dos reales. Alcanza. Si
quisiera hacerme el favor de ponerme
una gota de agua a la lumbra.

Rosario. Ahora mismo... ¿Dónde está la
cafetiera?

Carmen (señalando a la cómoda) Ahí
(al pequeño que está de brazos en la repulga
no, sobre el proyecto) Pablito... Ven acá.

Rosario (llamando al niño que no oye)
¡Pablito!

Carmen. Vais ahí, en frente, a la tienda.

de Vicente. Sabes? (Saudole una moneda de dos reales) Toma estos dos reales... No los pierdas! Y dices que te den diez centimos de té, diez de azúcar y un pau grande de veinte. Te han de devolver diez centimos, no lo olvides!

Pablito. Sí, mamá...

Carmen (acompañando al niño hasta el fondo) Ve hijo mío... Llévate bien apretada la moneda. No te se pierda!... (El pequeño sale. María del Carmen cierra la puerta, recoge la ropa que se seca en la cuerda, y va desenrollándola, piéda por pieza, sobre la tabla de planchar.) Escena VII

Proario (acercándose poco a poco hasta M del Carmen) Oye, Carmela. Hace tiempo que quería decirte una cosa...

Me cuesta mucho trabajo. Pero no
tengo mas remedio que desistirme.

Carmen. Diga, señora Rosario,
Rosario. No hay remedio. La vida es la
vida. Este trabajo me cuesta un ojo de la
cara. Lo siento mucho. Sabe lo que
será el día de mañana. Yo tengo
pena de ti; mucha pena. Mas tam-
bien si una va a preocuparse solo
del dolor ajeno, terminará pidiendo
de limosna, como los pobres.

Carmen. Mas, señora Rosario.
Rosario. Si, si, yo bien se. Nadie tiene
mas compasión de ti que yo. Mas tú
ya me debes cuatro meses de cuota.
A treinta reales por mes, son doce
duros. Para mí es una fortuna.
Tú bien sabes. El bursapaga del sala-
rio me da doble al mes, cuando quiere
y es buen pagador. Yo, por compasión

le he dejado hasta ahora... ellos ya
veo que tu vida no toma camino...
Es fin de mes... y el casero ya sabe
que no espera... Aun si tu fueses
una mujer sana, que pudiese
trabajar... Mas el día menos penan-
do puedes caer en cama, y un
se entonces, lo que va a ser de ti?

Carmen. Yo ahora me siento mejor.
señora Rosari. Tenga un poco de
paciencia. Déjame algunos días
mas.

Rosari. Unos días mas? Unos
días mas? Mas tiempo es que
me debes ya cuatro meses
de cuarto... ¿Dónde piensas tú
ir a buscar el dinero para pagarme?

Carmen. Vd. bien lo sabe. Nien-
tra puede, nunca me retrasaré
en el pago. Se pague siempre.

Rosario. Pagarte, ni; pagarte. Pa-
garte los primeros meses, porque aun
tenias entonces el reloj en el te dajo.
Tu bien lo sabes. La maquina de coser
que me diste en prendas, si yo
la quisiera vender, no me debes
por ella ni para pagar al mero
de cuerda. Chirra. Pagame tu lo
que me debes y te lo doy por
lo que quieras darme.

Carmen. Mas, señora Rosario. ¡Valga
mi Dios! Yo no se fue le voy a decir ya.

Rosario. Ahora dime, porque aquel sa-
bre que te daba a coser los choleros,
no le he dado mas trabajo?

Carmen. Ahora no hay trabajo. Solo
en el verano. Ya bien lo sabes.

Rosario. Y la Francisca, donde iba
a coser algunos dias?

Carmen. Me despidió. Dice que por

causa de los míos. No sé qué mal
puedo yo hacerle a los míos?

Rosario. ¿Porque no te pones a
servir?

Carmen. ¿Mi hijo?

Rosario. Con seis duros que te
diesen por mes, tú me dabas
dos reales diarios y yo me
quedaba en el pepinero. Mira,
que nadie es capar de hearte
esto! Yo lo hago, porque me da
mucha pena de ti?

Carmen. Ahí en casa me van
admitir bien como este cara.

Rosario. Pues de ese mal es, de lo
que yo me quejo. Si tú aún pudie-
ses trabajar... Mas te estas cayendo
a pedazos. ¿Que plaga es esta que
cayó en mi casa. (Después de una
pausa) Mira, saberlo fue tu dolo.

Que no se puede ser buena en este mundo!

Carmen. Pero, señora Rosario ¿qué mal le hice yo?

Rosario. Que fue mal me hiciste? Hea ta hoy mismo se me va un huesped por causa tuya. ¡otro me pagas el sueldo y encima me aguantas a los huespedes!

Carmen. Mas yo no le hago daño a nadie!

Rosario. Tienen miedo que les pegue tu enfermedad...

Carmen (con acento) Yo no tengo ninguna enfermedad que se pague, señora Rosario!

Rosario. No tienes! ¡no tienes! En fin, ¡porque andas curandote en el Hospital?

Carmen. Me estoy curando solo de

un agotamiento...

Rosario. Un agotamiento? ¿No está mal agotamiento?

Carmen. La estoy mucho mejor, desde que me dan las inyecciones en el brazo. La señora Rosario verá. Dentro de poco ya estoy curada. ¡Se la suplico a Vd. por toda la miseria de la vida, que me deje unos días más!... Dejenme tener fuerzas para trabajar!... Recuerden de mi hijo por el, señora Rosario! (sollozando)
¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Rosario (después de un momento de silencio) Al menos, por su note, buscas un hombre, criatura?

Carmen. Fue este Vd. diciéndome? ¿Un hombre? Solo quería al que Dios se llevó, señora Rosario. Fue el primero y el último, ¡ah!

si el viviere, yo no sería tan des-
graciada!

Rosario. Eso, ahora! Lloro por él!
Se portó bien contigo! Te dejó arrui-
nada del pecho y en un hijo a
los capaldos! Lloro por él! Uste-
des siempre son unas tontas!

Carmen. Que culpa tuvo el de
morirse, señora Rosario?

Rosario. Y por qué no te dejes tú de
vergüenzas? Por qué no vas a besar
al abuelo del papicuto? Tu hijo
no tiene padre, pero tiene abuelo.
¿Que te de comer a ti y a mi nieto?
Un hombre pródigo de rico, con una
tienda tan grande y tan acreditada!
¿Por qué no vas a verlo?

Carmen. Ah, hoy allá fue, señora Ro-
sario... Y ayer, y anteayer...

Rosario. Entonces, ¿

Carmen. No me recibís,

Rosario. ¿No te recibís?

Carmen. Manténme decir que
te dejara mi dirección... Tal vez me
monde alguna cosa... El pobre que
quiere mucho a su nieto...

Rosario. Espera sentada! Lo que
quena es que te largases de la casa!

¡Cuanto más vivo más miserable!

¡Mas vuelve tú allí con tus hijos! ¡Que

pele la puerta! ¡Grita que tiene

hambre! El tiene la obligación de

de darte de comer! Al fin y al cabo,

tú eres la mujer que vivió siempre

con su hijo! ¡Valiente miserable! No

te quiere ayudar, y yo, en cam-

bio tengo que aguantarte! Pues

¡venga una, si él no puede, yo puedo

aun menos! (Oyense voces fuera

en el corredor)

Carmen Escrito, setora Rosario.

Escena VIII

Pichos, Pablito y luego Domingo
y Isaper.

Domingo (cuya voz oíase desde afuera, hablando al teléfono)
¿Dónde está tu madre? Vámonos
a verla... Este Pablito ya es un
hombre.

Rosario (guitando)

¿Quién es?

Pablito (entrando en la puer-
ta, muy agarrado al paño,
en una sonrisa, con los ojos
muy espantados) Mamá, ¡es
abuelo! Es el abuelo!

Carmen, El abuelo!...

Rosario, ¿Ya ves? Yo bien te lo decía
¡Santo hombre! Ve, ve tú, como ha
venido! ¡Aun hay gente buena en

este mundo! (Comiendo a la
punta) Haga el favor.

Domingo (a Lopez, en el corredor)
Muy agradesco, amigo Lopez. Me
agradezco verlo. No sabia que vivia
aqui.

Lopez (fuera) Viva... viva Mas
ya no vivo...

Rosario (mirando) Haga Ud el
favor de entrar, señor Domingo.

Lopez (con un pañuelo delante
de la boca, metiendo la cabeza)

Patrona Vamon a ajustar cuentas.

Rosario (de malos modos) Ya voy.

Espero. (Muy cumplimentada
al señor Domingo) Tenga la
bondad...

Domingo (entrando) Muy
buenos dias!

Rosario (atendiendo a Domingo)

go una silla fue limpia con
el delantal) Agui tiene una
silla, señor. Siéntese...

Carmen (a Pablito) Anda, hijo
me a besar la mano a tu abuelo.

Domingo, causa subir tan alto.
(sentándose) Con su permiso.

Pues está crecido el pequeño te
sí, señor, hecho un hombre. (a
Rosario que le quita de los ma-
nos el sombrero) No se cues-
mode, señora.

Rosario. Rosario Sanchez, su
servidora.

Domingo. Por muchos años.
Carmen. Es esta señora que
me alquila el cuento. Ella vida
muy buena conmigo. Me ha ayu-
dado mucho...

Rosario (suspirando) Se ha he

cho, señor, más de lo que
se ha podido... Muchos sa-
crificios... Ella es buena y
le merece, pobrecita! Mas
Vd. señor, bien lo compen-
de... Cuando se es pobre... El
negocio de los cascos de hierro
puedes estar mal, muy mal.
La gente no puede esperar
tanto para cobrar su dine-
ro...

Domingo (mirando al cuar-
to, a su alrededor) Si, señora.
Si!

Rosario, Vd. no podía desampa-
rar a esta pobrecita... Con un
hipo a los espaldas. Siempre
es de su sangre... (A María
del Carmen) Quieres que me
lleve al pefumero? (A Pablito,

a quien su madre acaba de
 dar un pedazo de pan) Añka,
 hijo mío... Pídele a tu abue-
 lo que pida muchos a tu
 mamaita, que le desampa-
 re... ¡No se ven sino despa-
 ras en este mundo!... Lo sea
 sea Dios!

Lopez (desde la puerta, metiendo
 otra vez la cabeza) Señor Ro-
 sario... que estoy esperando
 arreglar nuestra cuenta!

Rosario (a madre de Carney
 bajo). Si él te ayuda con algo
 ya sabes, puedes contar con
 mí. (A Lopez) Ya voy...
 (A Domingo) Señor Domingo,
 yo no puedo molestarle
 más... Me agrada verlo con
 buena salud, según parece...

cuando quiniara alguna
cosa de esta su casa.

Domingo (a Rosario) Si, señora.
Muy agradecido... Que
lo pase muy bien!

Lopez. Señora Rosario, si
vd no viene pronto, me voy
y no le pido.

Rosario (a Lopez, furiosa) En
esto me va a guiar, guillastre!

A Domingo, muy amable con
su permiso. (Alternativamente

te al buisped y a Domingo
laurando miradas de colera

al primero y mirando al
segundo, retrocediendo hasta

la puerta de esta forma)
Espera, luego te ajustare por

una cuenta. A sus ordenes...
¡Valiente tipo! - Señor Domingo

(Derivándose al pequeño de la mano) Ven acá, hijo mío. (Salen Rosario, Lope y Pablito; la puerta del fondo se cierra. Oyérase aún, durante algunos momentos, voces desarticuladas)

Escena IX

María del Carmen y Domingo Carmen (tímidamente, después de un silencio) Señor, disculpe me si le he incomodado lo. Yo no hubiera nunca tenido valor para pedirle una limonera, si... Mas mi hijo ha tenido hambre, señor!

Domingo (padecientemente, haciendo un cigarro) Todo se andará. Tranquilese.

Después se va lejos. Prime-
ro debo advertirle a la
señorita que eso de au-
dar todos los días rondan-
dome la puerta con el
niño, no está bien, ni yo
puedo verla con gusto.
Soy un hombre serio y la
gente puede creer que
es otra cosa.

Carmen. Mas, señor...
Donnifo. Lo dicho, dicho.
Cuando me quiera hablar
la señorita no tiene nada
de que hablarme! - mas
cuando me quiera hablar
mande recado. La gente
ve caras y no corazones, y
yo no estoy ahora para
andar por ahí en los leu-

que de todo el mundo
por mi causa.

Carmen. Yo no tengo dinero
para comer, cuanto menos
para pagar recados.

Donnigo. Yo pago al mozo.
Lo que no quiero es que vengas
por allá abajo, a mi puerta.
Entendido? (Enviando

el cigarro) Vd me ha
burlado hoy, ayer y ante
ayer. ¿Que es lo que quiero?

Carmen. Pedirle pan para
mi hijo.

Donnigo. Y Vd propiamente
lo gana?

Carmen. Porque ya no tengo
fuerzas para trabajar.

Donnigo. ¿Que culpa tengo
yo de eso?

Carmen. Si tuviese culpa...
no le suplicaría! ¡Pídele por
el alma de mi hijo, que Dios
teiga en su santa gloria,
que no me desampare!...
Vd no sabe lo que es, ser
madre y no tener un
bocado de pan, para... ¡te
ga piedad de mí! Se juro
que del dinero que me da,
no gasto en mí ni cinco
centimos partidos por la
mitad... Todo lo que le
pido es para mi hijo. Solo
lo para él... (En una suplica
llorando) Esté tan debel. A
veces tiene frío... Tiene hom-
bre... y yo no tengo nada
que darle...

Domingo. Malo, malo,

mole. Ya empiezo con
 Honfresos. Deje eso, señoría
 de en canto. Ya estoy harta
 Ud no sabe que yo soy
 hombre para lloraderas...
 (Sacando del chaleco un
 enorme reloj de oro y vien-
 do la hora) Diga cuantos
 quises que tiempo porra,
Carmen, ya se lo dije,
 señor. Quiero que no me
 desampare. Que tan
 miedo de mi hijito. Cu-
 ando Antonio murió Ud
 tuvo caridad de mi. Me
 daba seis duros al mes pa-
 ra la crianza del peño-
 ro... Se acuerda? Pues yo no
 le pido mas que eso... Con-
 tinue dandome lo que me

daba cueros su hijo re-
misio... ¿dónde tiene buen
corazón!... Si es prean-
yo se lo pido de rodillas.
Domingo. No, señorita. En-
te estas cosas... Dinero no
le doy...

Carmen, ¿cómo es de me-
nor de hombre?

Domingo, ¿cómo le doy dinero,
porque no tengo ninguna
obligación de dárselo. (Oy-
se llamar quedamente a la
puerta de la derecha)

Andrés (fuera) Señorita de-
ña del Carmen...

Carmen (a Domingo, sin
oir a Andrés que la llama
fuera) Es su última pala-
bra, señor Domingo?

Domingo. Si yo fuera a dar
dinero a todas las mujeres
con las que mi hijo se
entretuvo, estaba bien
avido!

Carmen. Yo no soy una
mujer con quien su hijo
se entretuvo, señor Domingo.
Yo fui su mujer por tres años.
Yo viví en el tres años.
Muñó entre mis brazos.
No tuve otro hombre antes
que él!

Andrés (llamando de nuevo
a la puerta) María del
Carmen! María del
Carmen!

Carmen (impaciente)
¿Quién es?

Andrés. Escuche mi hijo

tarra... Ponga atención!
Domingo (con intención,
mirando a la puerta de
la derecha de donde llega
el son de una guitarra
que se oía) Y después
de él?

Carmen (ofendida) Des-
pués de él?... (Domingo
dore) Después de él... tan-
poco! ¡Por el amor de Dios,
no me ofenda!... Ni que-
re su limosna, ni que la
quiere negar, pero no me
ofenda!

Domingo. Que? Vd qui-
ere convencerme que
desde que murió mi pa-
dre... (En una risatada) ¡En
historias mas curiosas aya

uno contar en la vida!

Carmen. ¡Se lo juro por
el alma de mi hijo!... ¡Y por
la vida del mío!... ¡Que se m
muera mi hijo en esta ho
ra!

Domingo. Bien! Bien! Esta
bien. (Mirándose) Tambi
en, ahora, tan estropeada
como va esta, ¿quien iba a
quererla?

Carmen (después de un
momento, volviendo a supli
car). ¡Por lo menos, señor,
la mitad de lo que me da
ba! Tres duros solo... Para
pagar el cuarto!... Para no
tener que irme a la calle.
Se lo suplico!... esto se ya
como he de pedirvelo!...

Domingo (levantándose)

Dínero, no!... Ya se lo dije.
Esta resuelto, esta resuelto!

Carmen, Entonces quisiere
que me vaya, con su nieto
en mis brazos, a dormir en
el quicio de una puerta?

¿No ve que mi hijo es mi
sangre?... Mi por su san-
gre, loado sea Dios!

Domingo. Mi sangre, mi
sangre... Los hijos de mi
hija nietos míos son; los
de mi hijo, pueden serlo
no!

Carmen (en un movimien-
to brusco de protesta)

Señor Domingo! (con dig-
nidad); ¿No es iluso, la
memoria de su hijo! ¿Tenga

vergüenza! Ya pue lo ma-
 to, a lo menos no lo imfa-
 me despues de muerto!
 Domingo (arrugando el
 entrecejo) Señorita Maria
 del Carmen. (Conteniendo
 se y cayendo de nuevo
 en su natural bonhomie)
 ¡Valgame Dios! ¡Valgame Dios!
 El pepueto no nació en nin-
 gun letreiro en la frente de-
 ciendo pue yo era su
 abuelo! Por sus facciones,
 se parece tanto a mi como
 un huevo a una castaña,
 mas no hoy debe nací uno.
 Vd dice pue es mi nieto y
 lo es... Vd es la unica pue
 puede saberlo... Ademas,
 a mi me gusta el pepueto

Lo quiero... Se acabo.
Carmen Gusto de el
y lo deja pre se muera
de hambre!... tiene al
niño el mismo amor
que le tenía al hijo!
Domingo, ¡Ay! ¡Ay! ¡Mas
quien le dijo que yo voy
a dejar pre se muera
de hambre? Yo lo pre
dijo es que no le doy di-
nero para su madre y
no se lo doy... En cuanto
al niño, yo lo tomo por
mi cuenta... Entre todo!
Carmen (sin comprender
bien) Que toma al ni-
ño por su cuenta?
Domingo, Entonces? Soy
yo su abuelo o no lo soy?

Lo soy. Pues, entonces, si
lo soy, venga el pequeño.
Prepáresele la ropa, y
nos vamos al momento.
Carmen (mirándole fijamen-
te) Mas, ¿qué está Ud. diciendo?
¿Mi hijo?

Domingo. Me lo llevo con mi-
go; es mi nieto!

Carmen (con la voz estrangulada)
¿Mi hijo?

Domingo. Se lo lleva su abuelo!

Carmen (Dominándose con un
esfuerzo supremo, apoyándose
en la tabla de planchar, hundiendo los
dedos convulsivamente en la ropa)

¿Entonces... yo?

Domingo. Ud. se las arregla como
pueda. Yo no quiero saber de más
desgracias. El pequeño es el que

no puede quedar en Vd. Yo es-
toy bien informado de su
estado de salud y... No puede
quedarse el niño en Vd.
Acabose...

Carmen. Vd. ¿quiere robar
me a mi hijo? (Derivada
enfuriéndose hacia Domingo), A
la calle, calle, viene aquí a
insultarme, y encima me quie-
re robar a mi hijo! ¡Oh hijo!
Sus ena se le arrojó a las pe-
rras! ¡Fuera de aquí!... Es pre-
ciso no tener corazón!... Ser un
malvado, para decirle eso a
una madre! ¡A una desgraciada
que no tiene en el mundo mas con-
suelo que su hijo!... (En un llanto
convulsivo) Solo Dios sabe como
yo quiero a mi hijo! Solo Dios

sabe! ellas antes de quitarme,
 el hombre, la miseria!... Antes ver
 lo muerto, muerto, mas a mi
 lado, entre mis brazos, que yo
 pueda verlo, besarlo... (Comien
 do hacia el fondo, en un desca
 no, gritando); Pablito!; Pablito.
 Hijo mio!; Pablito!

Pablito (cuya voz se oye fuera)
 ¡Mamá!... ¡Mamá!...

Carmen (que lleva el pañuelo
 a la boca, en un acceso de tos,
 y lo retira cubierto de sangre)
 ¡Hijo mio!; ¡Hijo mio! Quiero
 robarte de los brazos de tu
 madre!...

Escena X.

Dichos y Pablito.

Pablito. (Al entrar y ver llorar a su
 madre, rompe también a llorar y

corre hacia ella), ¡Manita!
¡manita!

Domingo (arrancándole bruta-
mente la criatura de los brazos)
¿Que es esto? ¡Mire, que está lle-
na de sangre. ¡Yo bebo a la
criatura, que se le puede pe-
gar eso!... ¡A lo menos, sea
buena madre!

Carmen (viendo la sangre
en el pañuelo, comprendiendo
que está irremisiblemente
condenada y lanzando una
mirada de suprema angustia
a su hijo), ¡Hijo de mi alma! (Re-
balando sobre un banco, en
una indescriptible expresión
de dolor) Perdida! Perdida
sin remedio!...

Domingo. Voy al hospital,

señorita. Vaya al hospital! Allí tratan bien a los pobres!

Carmen. (Dolorosamente, en una voz apagada y llena de lágrima.) Yo ya no puedo besar más a mi hijo, mi material. Todos los padres pueden besar a sus hijos. En sus mayores dolores. ¡Muerte en la hora de la muerte!... Yo. (En un supremo esfuerzo no quiero ver al hijo sin atreverse a mirarlo) Señor Domingo!... Lléveselo!... Lléveselo!... ¡Por el amor de Dios! (Sollozando) ¡Por el amor de Dios!... Papete (llorando) Manita! Manita!... ¿Qué tienes? Domingo, ¡Me haga llorar a

la criatura! Prepárale la
ropa, que no vamos al
momento!

Carmen, (Encominándose hacia
la derecha, a buscar la ropa
de su hijo, abriendo un cajón
de la cómoda y cayendo so-
bre el sillón); ¡Madre
Santísima! ¡Madre San-
tísima!

Domingo (aproximándose
a María del Carmen, con-
movido) Tranquilízate, pro-
pio! Es preciso tener valor
en este trance! La vida
no vale dos cominos. Es
para el bien de mi hijo...
Vd. antes, por todo, debe ser
una buena madre!... Prepá-
re la ropita! ¡arriba! (María

del carruen lo ejecuta) el
 pepereño se viene conmigo.
 No ha de faltarle nada.
 Haré de él un hombre. Yo
 no tengo hijos que me heren-
 den y él será mi único
 heredero. (A Pablito) Tienes
 a venir con el abuelo. ¿Quieres?
 (Pablito, para hacer ver al
 pepereño) Tu abuelo te quiere
 mucho. te querrá siempre.
 ¿Verdad? ¿Adónde me darás
 a tu manita. Déjala tran-
 quila. (Pablito sonríe en medio
 de sus lagrimas a Domingo)
 ¿Por fin, te quieres, bubonchito?
 ¡Tenemos hombre! ¡Venite
 con el abuelo! (Leimpian dose
 un lagrima en el dorso de
 la mano). Venite con el abuelo!

Carmen (Dándole a Domingo un pequeño envoltorio)
Aquí tiene.

Domingo. Es solo esto?

Carmen. Solo eso.

Domingo (Mirando el envoltorio, en sentimiento) Debería tener fósforo este invierno al pobrecito. (Dejando algunas monedas de plata sobre la cómoda) Ahí pueden estar presetas. Nos vamos ya. Digale adiós al pequeño y este invierno nos pronto mejor.

Carmen (a Pablito, con una ternura dolorosa) Adios, hijo mío! Tu madre te no te sirve ya para nada. Sino para hacerte daño. ¡Ni

si pudiera te puede dar un
beso! Vete con tu abuelo,
Amor mío! Recuerdame si
empres con caritas... si no vol-
viera a ver nunca a tu madre
no te olvidas de ella!... ¡Hijo
mío!... ¡Hijo mío! (Salloran-
do); Mi Pablito!

Pablito (inconsientemente, mi-
rando a Domingo en una son-
risa, y hablando a su madre)
No flores, mamá... No flores...
Yo vendré pronto!...

Domingo. El se va con su abuelo,
que lo quiere mucho. (Domingo
le mano al pequeño) Vam
un ga!

Carmen (siguiendo al hijo
con la mirada, y quitando al
verlo en la puerta) ¡Hijo mío!

¡Hijo mío!... Un beso!... Solo un beso!
(El pequeño se desprende de la ma-
no del abuelo y viene hasta
junto su madre. Carmen cuan-
do se inclina para besarle se
acuerda de que lo puede
matar besándolo, y lo re-
chaza en un gesto desvaneci-
do) No!... ¡No, hijo!... ¡Leve-
selo!... ¡Leveselo!... ¡Leveselo!
(Dejándose caer sobre el banco
en una expresión de infinita
tortura) Yo no lo puedo ma-
tir!... ¡no lo puedo matar!
(Domingo retorna al niño de
la mano y sale silenciosamente,
cerrando la puerta. Oyes el
perpunteo de la puerta de
Andrés talon lento.

Porto Alegre 2 de Diciembre
1928.

3160

Mater Dolores (Julio Dant)

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

(11)

